



CAPÍTULO DOS

La vida con mi familia parece haber quedado muy atrás, y mis recuerdos de aquel tiempo se antojan muy lejanos. Pero hay detalles que nunca olvidaré. La manera en que el polvo se levantaba de las calles siempre que pasaba un vehículo, la sensación de la tierra caliente bajo mis pies descalzos cuando jugaba afuera, los sonidos de los niños riendo en mi vecindario, la manera en que los colores de la ropa que colgábamos afuera para que se secara se iban esfumando en el sol inclemente...

Eso es lo que sucede con los recuerdos de la primera parte de mi vida. Algunos momentos están delineados en mi mente con claridad, y los veo como si hubieran ocurrido apenas ayer. Otros son borrosos y vagos, e incluso de otros no tengo memoria. He aprendido a mantener cerca y atesorar los recuerdos positivos y los buenos sentimientos que me producen.

Un día hubo un gran alboroto en nuestra casa porque a una de mis hermanas mayores la habían despedido de su trabajo de una manera vergonzosa.

En aquel entonces yo tenía ocho años, y mi hermana Zahra, una de las gemelas, había estado trabajando por algún tiempo con un hombre rico y su esposa en la capital egipcia, El Cairo. Nuestro pueblo, que estaba cerca de Alejandría, quedaba varias horas al noroeste de El Cairo en coche, y luego de que ella se fue a trabajar allí ya casi no la veía. No es que la hubiera visto mucho antes. Zahra era bastante más grande —cuando yo tenía ocho, ella debe haber tenido entre dieciséis y veinte, o quizá incluso más— y la diferencia de edad entre nosotras, y sus frecuentes ausencias de casa, habían hecho nuestra relación casi imposible.

Mis padres habían arreglado para que mi hermana trabajara para esta familia, y dado que le pagaban una miseria (que mi madre iba a buscar cada mes), prácticamente había permanecido en cautiverio. Más tarde supe que Zahra nunca había tenido días libres, no se le permitía salir de la casa de sus empleadores sin estar acompañada y sin permiso, y que había tenido que soportar toda clase de abusos físicos y verbales. Básicamente, ella había trabajado desde que el sol salía hasta que se ponía.

En Egipto no es raro que una familia haga un contrato como este con otra familia más rica. Yo creo que el acuerdo que mis padres hicieron con estas personas decía que Zahra debía trabajar para ellos durante diez años, y ella lo había cumplido solo

por dos o tres cuando la “despidieron”. Cuando supimos que la habían echado, hubo muchos gritos; y los de mi padre eran excepcionalmente airados.

Unos días más tarde, mi madre, mi hermana menor y yo fuimos a visitar a los antiguos empleadores de mi hermana en El Cairo. Yo era la niña más grande en casa, así que a menudo salía con mi mamá. La mayoría de los viajes eran al mercado o para ayudar en los mandados cerca de nuestro apartamento. Pero también mi hermanita más pequeña y yo habíamos acompañado ocasionalmente a nuestra madre cuando iba a recoger el “dinero de Zahra”. En algunos de esos viajes vi a los gemelos de aquella familia, que eran más pequeños que yo, y a la hija menor, que era más o menos de mi edad.

Pocas cosas permanecieron en mi mente de aquel viaje, pero sé que estuve parada en la enorme habitación de la dueña de la casa mientras cargaba a mi hermanita. No hubiera amado más a esa niñita si hubiera sido mi propia hija. Lamento decir que ya no recuerdo su nombre.

Aquel día había otra mujer, llamada Nebit; y pude entender que era pariente de la familia empleadora, y que su propia familia vivía también en esa casa enorme. La primera mujer estaba acostada en la cama, y le dijo a mi mamá que mi hermana les había robado dinero. Más de lo que nosotros podríamos pagar jamás. Mi madre ya había confirmado este hecho con mi hermana y sabía que la acusación era correcta.

“No puedes devolver lo que tu hija robó”, dijo la señora en árabe. “Pero sí puedes ofrecernos a alguien más que trabaje para pagar la deuda, o llamaremos a la policía”.

Las lágrimas cayeron de los ojos de mi madre. Yo me quedé parada, en silencio, tratando de controlar mis emociones. Tenía miedo de la amenaza de esa señora, y estaba triste por las lágrimas de mi mamá.

Luego, la mujer dijo: “Puedo entrenar a la pequeña desde cero, y no tendremos estos problemas de robo”.

Por lo que pude entender del resto de la conversación, el contrato que mis padres habían hecho con esta familia establecía que mi hermana debía vivir en esa casa y ayudar con la limpieza y la cocina. Luego escuché que mi madre aceptaba que lo justo para todos era que otra chica trabajara en lugar de Zahra.

“Muy bien. Es un trato”, respondió la mujer en árabe.

El hueco en mi estómago se encogió cuando comprendí que la chica de la que estaban hablando era yo.

Después mi madre comenzó a hablar de mí como si yo no fuera más que un mueble, una mercancía. ¿Cómo pudo referirse a mí de esa manera tan insensible? ¿Acaso ya no me quería? Un agujero negro se formó en el centro de mí ser conforme me iba dando cuenta de que iba a tener que dejar a mi madre, mis hermanos, mi hogar, mi vida. Rara vez había estado fuera de mi barrio y ciertamente nunca había estado con extraños tan lejos de casa. Estaba confundida y comencé a llorar tan fuerte que mi cuerpo entero se estremecía.

Cuando somos jóvenes, con frecuencia lo que permanece más tiempo con nosotros es la emoción de una experiencia. Un niño podría no recordar los detalles de una pesadilla, pero la sensación

de terror que ocasiona el sueño puede quedarse ahí toda la vida. Así fue aquel día para mí. El sentimiento de abandono está hoy casi tan fresco como hace quince años, cuando tenía ocho. No había tenido mucha experiencia en la vida, pero sabía que las familias debían permanecer juntas. Se supone que los padres deben cuidar y apoyar a sus hijos, no venderlos a extraños.

He pasado muchas horas preguntándome acerca de las motivaciones de mis padres. Mientras que Zahra había estado ganando una pequeña cantidad de dinero cada mes que había ido a parar a la familia, mi empleo en la casa tendría el único propósito de saldar su deuda. Esta no era solo la deuda del dinero que había robado: era una deuda de honor. Mi hermana había causado una tribulación a esa familia, y para compensarlo esperaban que yo me convirtiera en una esclava doméstica.

¿Por qué mi madre no se negó? ¿Por qué no luchó por mí? ¿Yo tenía ocho años! ¿Acaso éramos tan pobres que ya no podían alimentarme? ¿Acaso mi madre pensó que mis perspectivas serían mejores si vivía como esclava de esa gente que las que tendría si me quedaba en casa? ¿El “honor” de nuestra familia era mucho más importante que yo? ¿Les habrán dicho la verdad a mis padres acerca de cuál sería mi situación en la casa? ¿Alguna vez mi papá se preocupó por mí? ¿Por qué permitió esto?

En años recientes he recibido mucha terapia para enfrentar mejor los asuntos que estos interrogantes han generado, y casi he hecho las paces con lo que sucedió. Pero aquel día, cuando era

una niña de ocho años, me sentí desecheda y me aterrorizaba no volver nunca a mi hogar. Desafortunadamente, tenía razón.

Mi madre me abrazó estrechamente antes de que me despidiera con tristeza de mi hermanita. Las últimas palabras que me dijo fueron: “Sé fuerte”.

Por una parte no podía creer que me estuviera dejando ahí. Por otra, abrigué la esperanza de que solo me quedaría unos cuantos días, una semana cuando mucho. En todo caso, me sentía traicionada. Era demasiado joven para entender que la esclavitud no era una situación inusual para las familias egipcias de nuestro bajo nivel económico. Para mis padres, para mi familia, esto era parte de la vida.

Con el rostro bañado en lágrimas, miré por la ventana mientras mi madre y mi querida hermanita se alejaban por el largo camino de acceso a la casa. Quería saborear hasta la última gota de mi familia, así que me quedé mirando hasta que dieron vuelta en una esquina y ya no pude verlas.

Aquel día, cuando entramos en esa casa, ni mi mamá ni yo sabíamos que no regresaría con ella. Por eso yo no llevaba nada conmigo: ni ropa ni una manta que me resultara familiar o una foto de mi familia. No tenía nada, y me sentía devastada.

Nunca supe qué sucedió con Zahra después de que me fui, pero me imagino que mi padre le pegó; es decir, puede que lo haya hecho si acaso ella volvió a casa mientras él estaba ahí. Es posible que ella no lo haya visto por algún tiempo o que la hayan vendido

a alguien más. Sin embargo, estoy casi segura de que para entonces ella ya era adulta, y podría haber tenido más opciones. No obstante, como consecuencia de su hurto, mi hermana estaba “echada a perder”, lo que podría haber dificultado que se la “empleara” o que pudiera casarse con un hombre de buena condición. Además, la razón de que Zahra hubiera sido vendida como esclava en primer lugar podría haber sido que era una chica conflictiva. Tal vez mis padres habían pensado equivocadamente que ello la estabilizaría y la ayudaría a madurar. O quizá valoraban más el dinero que su hija producía que a ella misma.

No sé si Zahra robó el dinero de esa gente porque había planeado huir y liberarse de su cautiverio, o si lo hurtó porque sabía que ese acto ocasionaría que la devolvieran a nuestro hogar. Tendiendo a pensar que la primera posibilidad es la correcta, pero quizá nunca llegue a tener la certeza.

Estas preguntas sin respuesta son típicas en mi vida y la de muchos niños (y adultos) que permanecen en cautiverio. Con frecuencia los esclavos pierden el rastro de su familia, y los lugares y los recuerdos se desvanecen o se distorsionan. Desafortunadamente miles de nosotros, niños y adultos, viven esclavizados en Egipto, Europa e incluso en Estados Unidos.

De acuerdo con el Departamento de Salud y Servicios Humanitarios de Estados Unidos, la trata de personas es el negocio criminal que más rápido crece hoy en día en el mundo. Hay dos formas distintas de comercio: en una se recluta a la persona en circunstancias

falsas, y en la segunda se la vende sin su conocimiento ni su consentimiento. La segunda fue la que me ocurrió a mí, y se trata de esclavitud en sentido estricto. Hace unos años quedé impactada cuando conocí el Reporte de 2005 sobre la Trata de Personas del Departamento de Estado en Washington: hasta ochocientas mil personas se trafican a través de las fronteras internacionales cada año. Se cree que la mitad de esas víctimas son niños.

La mayoría de la gente cree que en Estados Unidos la esclavitud fue eliminada durante la Guerra Civil, pero no es cierto. La esclavitud legal ha desaparecido, pero hoy en día hay unas 17.500 personas mantenidas en cautiverio, traídas de manera ilegal al país cada año. Y se estima que en un momento dado hay más de 43.000 esclavos en Estados Unidos. Aún peor: en el mundo hay más de 27 millones de esclavos.

En Estados Unidos, solo 2% de los cautivos finalmente son rescatados. Me parece que esa cifra es apabullante, pero es un porcentaje superior al de otros países. Y muchos de esos rescates se llevan a cabo gracias a los datos que los vecinos aportan al departamento de policía. Un vecino tiene la sensación de que algo no está del todo bien en la casa de al lado y, luego de una larga deliberación, llama.

Pero en El Cairo no había vecinos entrometidos, así que nadie llamó. Nadie supo que yo estaba ahí, porque la propiedad que habitaba esa gente era enorme y la mansión estaba muy lejos de otras casas. Unos cuantos días, o quizás una semana después de que mi

madre me dejó en casa de aquellos desconocidos, comencé a darme cuenta de mi nueva y cruel realidad a un nivel más profundo: no iba a volver a casa. Jamás. Me puse histérica e insistí en que alguien llamara a mi mamá y le dijera que viniera a buscarme.

Eso era difícil por varias razones. Primero, mi familia no tenía teléfono. Segundo, mis captores, como llegué a pensar del hombre y su esposa, no estaban dispuestos a llamar a mi madre. En vez de eso, supliqué y recurrí a la ayuda de algunas de las otras personas de la casa. Había muchas, todas adultas, que trabajaban y vivían allí desarrollando diversas tareas, y fueron amables conmigo. Me tomó un tiempo, pero al final logré tener a mi madre en el otro extremo de la línea telefónica. Estaba tan contenta de oír su voz que probablemente fui incoherente, pero su tono me destrozó. “Estás bien. Haces algo bueno para tu familia. Debes quedarte ahí. Si no lo haces, te sucederán cosas malas”, dijo.

Yo apenas podía respirar: ella en verdad me había abandonado. ¿Acaso no me quería? ¿Cómo había ocurrido esto? ¿Qué había hecho para merecerlo? Por supuesto, la respuesta era: nada. No había hecho nada, sino ser una niña feliz que amaba a su familia. Descubrí que, para mí, el viejo dicho que afirma que “las cosas malas a veces le suceden a las personas buenas” era cierto.

Cuando colgué el teléfono di media vuelta y miré a mis compañeros de trabajo consternada. Esta vida de esclavitud, de cautiverio, iba a ser mi vida. Para siempre. Me derrumbé en el suelo y sollocé.

Resultó que no permanecí cautiva para siempre, aunque todos los días que fui esclava fueron demasiados. Fui una de las afortunadas; fui parte de ese 2% que tuvo suerte. Me rescataron, pero pasarían años antes de que ello ocurriera. Primero habría de derramar muchas lágrimas. Tendría que hallar recursos internos que no sabía que existían y tendría que viajar al otro lado del mundo antes de que la libertad que tanto anhelaba fuera mía.

Cada día que despertaba en casa de mis captores, en lo primero que pensaba era en el hogar y la amada familia que había dejado atrás. Y siempre que tenía un momento libre durante el día –lo cual no ocurría muy a menudo– mi familia volvía a ocupar el centro de mi mente.

Había tenido muchos amigos en el barrio. Había amado a mi madre, a mis hermanos, a los vecinos y a mi familia extendida. Había amado mi vida y mi sentido de pertenencia, y odiaba que, cuando me enviaron a vivir con mis captores, mis padres hubieran permitido que todo eso desapareciera.